

LAVARLE LA CARA AL AIRE

No hay excusa. Existen medios técnicos que permiten controlar, ahora, ya, este enorme peligro, secuela de un desarrollo industrial llevado a cabo en el desorden que engendra el afán de lucro inmediato de las empresas capitalistas. En Moscú, por ejemplo, han conseguido hacer el aire seis veces más limpio, modificando simplemente la tecnología de sus fábricas; en las cercanías de la capital soviética, las aguas de cloaca se aprovechan para regar 10.000 hectáreas de terreno cultivable. Utilizar los residuos de una industria como materia prima de otra es un ejemplo que encontramos ya en la Naturaleza, que saca fecundidad de la descomposición de materias orgánicas.

Existen sistemas depuradores y filtros potentes (arriba quedan reproducidas las acusaciones de Bosquet) que pueden hacer desaparecer la mayor parte de las sustancias tóxicas que arrojan las fábricas al aire. Aparte de las prohibiciones de circulación rodada por determinadas zonas congestionadas de las grandes ciudades, existen sistemas que pueden hacer inofensivos los motores de los automóviles. (En Massachusetts se celebran, con cierta periodicidad, unas pintorescas carreras de automóviles «limpios». Los investigadores profesionales y aficionados ponen su cerebro al servicio de esta causa

depuradora. Este año se han presentado —según un miembro del Instituto Politécnico de Worcester— prácticamente todos los tipos de propulsión automovilística limpia: motores eléctricos, a vapor, de turbina, y para combustibles de bajo índice de contaminación, como el gas natural o el propano.)

Una compañía petrolífera norteamericana ha anunciado el lanzamiento comercial, para este otoño, de una gasolina con un detergente anti-polución y un máximo de gramo y medio de plomo por cada cinco litros. Un inventor español, Arturo Estévez, ha creado un sistema para mover los coches por medio de un generador que transforma el agua en hidrógeno.

Por último, en un simposio internacional convocado por la O. N. U., al que acudieron, en agosto pasado, más de cuatrocientos científicos, se preconizó el uso masivo de la energía nuclear, por ser más barata, más limpia y prácticamente ilimitada.

LA ASFIXIA

Un tema apasionante para remover a la opinión pública. Un tema apasionante para reflexionar —como con cualquier otro tema, es verdad— sobre un sistema de vida y convivencia social que ya llega a asfixiarnos en el sentido más literal y físico de la palabra. ■ JOSE A. GACIÑO.

Aparato para controlar los gases tóxicos que expelen los automóviles por sus tubos de escape. El motor de explosión es hoy uno de los principales agentes de la contaminación atmosférica...



art
buch
wald

INTERCAMBIO DE NIÑOS

WASHINGTON.—Aunque a nadie le guste hablar del asunto, en los Estados Unidos se practica lo que podríamos denominar intercambio de niños. Y no sólo en los suburbios y pequeñas poblaciones, sino también en las ciudades mayores.

Yo no me percaté de la existencia del fenómeno hasta que nos trasladamos a esta capital. Una noche, al regresar de la oficina a casa, me encontré, en lugar de a mis dos hijas, que son morenas, con una extraña niña de cabellos rubios que jugaba sola.

—¿Quién es esta niña? —pregunté, sorprendido, a mi mujer.

—Es Anna Lindsay, va a pasar la noche aquí, con Connie.

—¿Y dónde está Jennifer?

—Va a dormir en casa de Priscilla, porque Anna dormirá aquí.

—¿Priscilla? ¿Quién es?

—Jennifer no sabe su apellido, pero dice que es su mejor amiga.

—Vaya. ¿Y dónde está Joel?

—Se ha ido a dormir a casa de su amiguito J. B. Dijo que si Jennifer podía dormir en otra casa, ¿por qué no él?

—Entonces, ¿quedamos sólo tú y yo?

—Bueno... tenemos tres, se van dos, llega uno, total: no nos falta más que un niño...

—Por lo menos ahorraremos comida.

—¡Ah!, no, eso sí que no, porque tenemos pescado para la cena, pero a Anna no le gusta, y he tenido que comprarle carne. Luego, Connie, al verla, dijo que ella también quería carne.

—A mí tampoco me disgustaría tomarme un filete.

—No puede ser, querido, alguien tiene que comerse el pescado.

En el siguiente fin de semana, Connie se marchó a casa de Anna, pero Jennifer trajo a dos amiguitas y Joel a J. B. Cuando llegó la hora de acostarse, les mandé que se fueran todos a la cama. Pero Joel dijo:

—El papá de J. B. le deja ver la "tele" hasta las doce de la noche (Joel, tengo que advertirte, tiene nueve años).

—¿Es verdad eso, Joel? —le pregunté.

—Sí —respondió—, y a veces hasta mucho más tarde.

E intervino mi hijo:

—Cuando estuve en su casa, nos acostamos a las dos de la madrugada.

—Es que mis papás no quieren que me vaya pronto a la cama, porque me despierto pronto y...

—Lo mejor será que les llame para saber a qué hora quieren que te acuestes —propuse.

—Seguro que será en balde, pues estarán en el cine.

En ese preciso instante sonaba el teléfono. Era la señora Lindsay, y preguntó:

—¿A qué hora se acuesta habitualmente Connie?

—A las diez —repose.

—Es que ella dice que ustedes le dejan ver la televisión hasta las doce, y, claro, me encontraba preocupada...

Algo más tarde, dije a mi mujer:

—Esto del intercambio de los niños se tiene que acabar.

—¿Oh, no! ¿Por qué? Es algo completamente inofensivo, y los niños se divierten mucho.

Pero ya sabía yo lo que decía. Tuve que realizar un viaje y, al regreso, fin de semana, me encontré en casa con tres niños sentados a la mesa. Ninguno mío.

(Copyright 1970, The Washington Post Co. — Distribuido por Editors Press Service Inc. Agencia Zardoya.)